

Galería de Directores: 1934 - 2004

Diego Soto Jiménez (1)

1. Instituto Nacional de Cancerología E.S.E., Profesor Emérito, Clínica de Ortopedia, Bogotá, D.C., Colombia.

Gallery of Directors: 1934-2002

José Antonio Jácome Valderrama (Director del 1 de abril 1951 al 14 de julio de 1955)

Nació en Bucaramanga en 1915 y se tituló de médico cirujano antes de cumplir veinticinco años como alumno muy distinguido de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia (sede Bogotá). Provenía de familias de alcurnia de los dos Santanderes y se inclinó por la cirugía general, aprendiendo, en un principio, de dos insignes maestros que marcaron una huella profunda e inolvidable en la enseñanza y la práctica de la cirugía, el profesor Corpas y el Profesor Pantoja, de quienes heredó la destreza operatoria y la impecable técnica quirúrgica y gracias a cuyos aportes llegó a ser un admirado clínico-quirúrgico. Se especializó en EU en Gastroenterología, sin abandonar la cirugía general, y ejerció a su regreso al país hacia 1945 en su ciudad natal. Siendo Director Médico del Hospital Principal de esa ciudad se interesó también por una especialidad que era exótica en esos tiempos, Dirección y Administración Hospitalaria, entrenándose en ella durante sus estudios en Nueva York y teniendo, durante largos años, oportunidad de ejercerla no sólo como Director de nuestro Instituto sino también en múltiples cargos ejecutivos y directivos dentro de la salud pública que desempeñó con honestidad acrisolada y eficiencia ejemplar.

Algo meritorio y de admirarle al profesor Jácome Valderrama es que, desde que decidió trasladarse de



Bucaramanga a Bogotá, instalando su consultorio privado y teniendo una envidiable clientela particular, hizo de la cátedra y de la salud sus principales metas y objetivos. Tuvo estrechísima vinculación docente con

Correspondencia:

Diego Soto Jiménez, Clínica Ortopedia, Instituto Nacional de Cancerología E.S.E.
Av. 1 No. 9-85, Bogotá, D.C., Colombia.
Teléfono: 3341260
ceditorial@incancerologia.gov.co

Recibido: 25/07/04; aceptado: 12/09/04

la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, donde fue profesor de Clínica Quirúrgica y se destacó como maestro en la enseñanza de la Gastroenterología, su especial dedicación (quien suscribe estas líneas tuvo el privilegio de ser su alumno hace ya cincuenta años). Lo recordamos por su estricto cumplimiento, no obstante su gran ocupación en el ejercicio privado; era gentil, bondadoso, amable, reposado: tenía un trato exquisito con el gran profesor, el ilustre colega y el más modesto de sus alumnos. Fue fundador y actor muy importante de la Sociedad Colombiana de Gastroenterología. Además, se vinculó como profesor de Patología Externa a la Universidad Javeriana.

Ninguno de los médicos vinculados actualmente al Instituto Nacional de Cancerología puede dar información acerca de la lucha tenaz de este hombre ecuánime, en el sentido más estricto de la palabra, y no puede hacerlo porque no vivió la tremenda época de luchas políticas y sectarismos a ultranza que se desencadenaron en la época en que Jácome Valderrama fue Médico Director. Se lo presionaba desde los altos poderes para que creara un absolutismo partidario, y él, con valor y personalidad, no lo hizo jamás porque, como decía, «revolver politiquería y medicina no sólo es una aberración sino un tremendo daño para todos». Por el contrario, vinculó durante su orientación y Dirección del Instituto a eminentes profesionales en todas las especialidades existentes en ese entonces de la cirugía y propugnó que los «viejos profesores» de las Clínicas Quirúrgicas que ejercían espectral y

panorámicamente la cirugía cedieran sin reato a las nuevas promociones de cirujanos no sólo la iniciativa sino también el campo para desarrollarse, teniendo el más incondicional apoyo suyo.

El Dr. Jácome luchó tesoneramente para lograr la ampliación de la planta física original del Instituto. Los recursos que se le daban con inmodificable cicatería eran exiguos. No obstante, él terminó, inauguró y puso en servicio inmediato al edificio sur de la planta física de la institución, lo que permitió multiplicar casi por tres la capacidad de pacientes hospitalizados en todas las especialidades, tanto médicas como quirúrgicas. La inauguración de dicho edificio tuvo lugar, siendo Jácome Médico Director, en 1953.

Falleció en 1966, en la plenitud de sus facultades cuando apenas tenía 51 años de edad. Su muerte fue, no sólo para la medicina nacional sino también para nuestro país, que perdió a uno de sus grandes hijos, una pérdida irreparable.

Alberto Lleras Camargo, primer presidente de Colombia durante la era de reconciliación entre los partidos políticos después de los más estériles sectarismos y luchas fratricidas, inició el gobierno del Frente Nacional. No podría haber hecho tan eximio patricio mejor elección para ministro de Salud que la de Jácome Valderrama, quien ocupó esta cartera con la mayor consagración y entrega, imprimiéndole a su gestión su lema personal: ¡Honestidad y eficiencia!

Jaime Cortázar García (Director del 15 de agosto de 1955 al 30 de octubre de 1957)

Médico cirujano de la Universidad Nacional, graduado en 1948, realizó su especialización viajando a Boston, en donde se dedicó con especial interés a la endocrinología y, dentro de ésta, a la glándula tiroidea y, concomitantemente, a los estudios acerca del yodo radioactivo. Su gestión administrativa como Médico Director, al igual que la de su ilustre antecesor en la Dirección del Instituto, será recordada siempre con especial gratitud por todo el cuerpo médico que para ese entonces trabajaba allí, porque siempre se reconoció su exquisito trato con todos sus colegas y también porque antepuso a todo el progreso de la medicina y del Instituto para impedir que intereses oscuros interfirieran con su normal desarrollo.

Es muy triste tener que repetirlo; pero hoy a las promociones médicas no les resultan siquiera imaginables las tremendas dificultades que a los doctores Jaime Cortázar García y José Antonio Jácome Valderrama les tocó enfrentar para sacar avante la justicia, el espíritu de trabajo y la abnegación del cuerpo médico que allí laboraba ante los embates –repetámoslo porque es la verdad– de una politiquería de la peor laya que pretendía poner las «recomendaciones» que algunos politicastro les daban a sus áulicos –quienes, prevalidos de amistades no confesables, aspiraban a reemplazar a eminentes médicos– por encima de méritos científicos que nadie osaba discutir. La gestión de Cortázar García tuvo ese enorme mérito, y quienes



tuvimos el honor, a nuestro ingreso a otros cargos y especialidades quirúrgicas después de que él dejase la Dirección, de compartir con tan distinguido profesional la vida médica de la institución lo respetamos y admiramos por su laboriosidad, por su entusiasmo, por su proverbial simpatía y por su compañerismo y su jovialidad. Era modesto y fácilmente accesible, y a quienes lo consultábamos por problemas médicos tangentes con la endocrinología o con aplicaciones de isótopos radioactivos nos recibía con calidez y con la más notable facilidad, y nos ensañaba y explicaba temas bastante

espinosos que habrían sido muy difíciles de entender de no mediar la gran facilidad para enseñar de éste inolvidable amigo.

Fue fundador de la Sociedad Colombiana de Endocrinología. Y antes, durante y después de su gestión de Director, pero sin descuidar jamás sus pesadísimas tareas como tal, por las razones increíbles ya relatadas, se dedicó con pasión, con obsesión, con sacrificio, a la instalación del Departamento de Radioisótopos, en el cual—justo es decirlo—se constituyó en su brazo derecho e íntimo colaborador un eminente científico, el profesor Efraín Otero Ruiz.

Se destacan, por parte de quienes fueron sus colaboradores en el cuerpo médico durante su Dirección, las reuniones científicas presididas y orientadas por Cortázar García, en las que involucraba algo que para ese entonces era «exótico» o, al menos, muy «raro», las ayudas audiovisuales, y se destacan también, dentro de sus realizaciones, el crecimiento y la importancia que, merced a su gestión, adquirió el Departamento de Anatomía Patológica; el ingreso del profesor Egon Lichtenberger al mismo y la exigencia de la autopsia como una imprescindible ayuda científica.

Después de su retiro de la Dirección, y por más de una década, siguió involucrado íntimamente con el Departamento de Medicina Radioactiva y con el Dr. Otero Ruiz, y ambos, dentro de un espíritu de inalterable y cálida amistad, lograron con su trabajo y tesón el respeto y la admiración de la medicina nacional ante sus logros tangibles y su prestigio internacional. Lamentamos su fallecimiento reciente no sólo quienes fuimos sus colegas y compañeros en el Instituto sino la medicina colombiana, que lo consideró un precursor y guía dentro de su especialidad.

Mario Gaitán Yanguas (Director del 1º. de noviembre 1957 al 16 de septiembre de 1974)

No es en absoluto fácil escribir sobre un científico tan destacado, tan importante, tan respetado como el Dr. Mario Gaitán Yanguas, comoquiera que cualquier aspecto de su vida, de su obra, de su ejercicio profesional y de su espíritu de investigación daría para muchas cuartillas y para merecer ser reseñado por personalidades relevantes.

Mi perenne gratitud hacia él aumenta día a día; quien estas líneas escribe trabajó como especialista bajo su Dirección durante trece años y recibió su guía, su orientación y su sabio consejo. Con su muerte, al contrario de lo que cabría esperar, han aumentado mi devoción por su memoria y mi admiración por su enorme personalidad.

No obstante haber sido un hombre pausado, tranquilo, con un espíritu heredado de su terruño y sus raíces familiares, el Dr. Mario Gaitán Yanguas era un motor siempre en marcha, una figura que pensaba y actuaba las veinticuatro horas del día y le daba el ejemplo a todo el personal científico-médico del Instituto.

A pesar de atender su ocupadísimo y solicitado consultorio privado, era puntual y, de no mediar alguna gestión por fuera del Instituto o algún viaje –que no hacía por placer propiamente sino sediento de aprender de otras latitudes y de traer lo aprendido a la Institución–, se puede decir sin exageración que no faltó un solo día a su trabajo ni a su despacho, que no dejó de enterarse, no por terceros sino por sí mismo, del estado y la evolución de todos y cada uno de los pacientes allí internados, no sólo en postoperatorios sino en todos los tratamientos. Iba de cama en cama revisando las historias clínicas, y él mismo escribía en una máquina portátil muy pequeña la evolución y el estado del enfermo, y con meticulosidad revisaba la terapéutica que se había instituido, jamás para criticarla –jamás fue dogmático ni impositivo– sino por el más estricto sentido del deber y de la honestidad, que fueron la rúbrica con que Gaitán Yanguas firmó todas sus realizaciones y actuaciones en la vida.

Se podría decir que su despacho en la Dirección no tenía puertas o que éstas eran muy anchas. Profundamente permeable a cualquier avance científico, recibía con especial cordialidad las sugerencias que se le hacían tendientes a mejorar la calidad científica del Instituto. Pero esto tenía que estar acompañado del más refinado estudio y de un argumento irrefutable para convencerlo, porque él siempre había leído antes sobre el tema, había meditado, valorado, formado un juicio muy sereno al respecto, y se puede decir que el Dr. Gaitán era el primero en leer todo lo publicado en el inmenso universo de la cancerología, desde luego proviniendo de escuelas famosas, y nada pasaba si previamente no era «ultrafiltrado» o tamizado por el aquilatado criterio científico de Mario Gaitán sin –repetámoslo– exhibir él jamás dogmatismo o petulancia.

No le era fácil, por cierto, trabajar bajo sus directrices o normas a quien tuviera diferentes puntos de vista u opiniones que no se basaran en un estricto cumplimiento, o estuviera simplemente «por pasar el rato» allí. Indudablemente, su atinado juicio le aconsejaba y él lo sabía aplicar, de modo que no entraba en polémicas innecesarias. Siempre un caballero y un señor en el más estricto y extenso uso de estas dos palabras, marcaba



con nitidez sus argumentos y apreciaciones. En una palabra, con él sí que se podía hablar.

¡Cómo participó él en el crecimiento físico del Instituto! y, siendo esto notabilísimo e indiscutible, ¡cuán inmenso fue el progreso científico del cuerpo médico bajo su orientación! Él no permitía mediocridades ni medianías. O se estudiaba, o se estudiaba, y nadie que permaneciera estático sin aportar, sin crecer, sin leer, tenía campo dentro de la institución y debía buscar otros ámbitos y otros escenarios.

No es redundancia ni repetición manifestar que resulta difícil determinar cuál de todas las empresas de Gaitán Yanguas fue la más importante, y si ello se nos preguntara a todos y cada uno de quienes trabajamos para el Instituto durante los diecisiete años de su Dirección y orientación, responderíamos –si no unánimemente, en nuestra inmensa mayoría– que todas y cada una de ellas.

Director ya en 1947 del Departamento de Radioterapia, puede decirse sin hipérbole que tal departamento fue reconocido dentro del ámbito no sólo nacional sino también internacional por la altura científica que el Dr. Gaitán Yanguas le imprimió desde que estuvo el como

su jefe, siguiendo una tradición de respeto a los eximios radioterapeutas que lo habían antecedido allí. Logró, según su visión y criterio, que el Instituto llegaría a ser una entidad, si bien oficial, descentralizada, logrando con ello evitar los embates de politiqueros y de representantes de intereses oscuros. Involucró a especialistas jóvenes al Departamento de Radioterapia, preferiblemente provenientes de diferentes escuelas del mundo oncológico: de Francia, de Canadá, de Estados Unidos, de Brasil, etc.

Con quien lo sucedería en la Dirección obtuvo para el Instituto el primer microscopio electrónico, y se hicieron también enormes avances en isótopos radioactivos y radiofísica.

Las especialidades quirúrgicas –ya no la cirugía cancerológica «general», a cargo, desde luego, de muy

afamados cirujanos generales de la época, sino prácticamente todas las subespecialidades quirúrgicas vigentes y eficientes de hoy, predominando la cirugía radical, la «radicabilidad»– crecieron bajo su Dirección. Concomitantemente, y bajo su orientación y guía, se iniciaron en el Instituto los estudios y las aplicaciones de agentes quimioterapéuticos y se creó un Departamento o Sección de Quimioterapia, involucrando en ella a eminentes especialistas.

En honor a la verdad y a la justicia, se afirma y acepta que, no obstante su nutridísima clientela y su absorbente ocupación en la práctica privada, Gaitán Yanguas tuvo para el Instituto la máxima dedicación y preocupación y la voluntad de aportarle lo mejor de sí. Allí se reconocerán siempre sus méritos y se le agradecerá perennemente su gestión. Un hospital general lleva por siempre su nombre: el Hospital Mario Gaitán Yanguas.

Julio Ospina Lugo (Director del 11 de octubre de 1974 al 5 de agosto de 1986)

Médico de la Universidad del Brasil (Río de Janeiro) y muy afamado anatomopatólogo, cuando el Gobierno nacional tuvo el acierto de nombrarlo Director Científico del Instituto para reemplazar al Dr. Gaitán Yanguas, quien se había retirado voluntariamente de ese cargo, su nombre fue escogido con especial beneplácito y simpatía comoquiera que no era, ni mucho menos, un desconocido para la institución ni para su cuerpo médico, puesto que desde varios años atrás existía una muy importante vinculación con el Instituto del Dr. Ospina Lugo, quien había sido el pionero de la microscopía electrónica y el realizador de muy importantes estudios, experimentos e investigaciones.

Sucedía para ese entonces en la Dirección al Dr. Gaitán Yanguas, inolvidable y respetadísimo Director. Sin hipérbole se puede manifestar que de veras era un desafío para el Dr. Ospina, pero todos le teníamos el mayor respeto y confiábamos en que, en sus manos y bajo su mandato, el INC no iba a desmedrar, ni mucho menos, no sólo en cuanto a su prestigio en el ámbito médico sino en su calidad científica, y ése –tal cual– fue el resultado de la gestión de Ospina Lugo: dinamismo, ponderación, equilibrio, buen juicio, y, sobre todo –lo que no deja de ser de lo más relevante– dentro de la institución un exquisito ambiente de camaradería entre él y el cuerpo médico, el respeto por



el trabajo y las personas vinculadas al INC y un espíritu de permanente comunicación con una mente como la suya, pendiente y abierta a todas las ideas y propósitos del cuerpo médico en aras del progreso.

Al preguntársele al Dr. Ospina cuál considera él su máxima realización –y a fe que fueron muchas las de su gestión–, nos manifestó que fue culminar de una manera admirable lo que desarrolló a la cabeza de un brillante equipo de colaboradores, el Plan Nacional de Cáncer en Colombia, que tenía por principal objetivo descentralizar la atención al cáncer en nuestro país, proyectándola a diferentes hospitales universitarios de varias ciudades –comenzando con nueve–, bajo la coordinación científica y académica del INC. De igual manera se introdujo bajo su Dirección una radioterapia moderna para esa época de aceleradores de fotones y de electrones, así como de cobalto, y se creó, con la Universidad Nacional, lo que fue para entonces la primera Escuela de Radiofísica en Colombia. El Dr. Ospina logró también, como Director, ayuda de Francia, no sólo en cuanto al mejoramiento de la instrucción de los especialistas en cáncer sino también en cuanto al mantenimiento y la preservación de equipos, sin ningún costo para la institución.

Dentro de su muy admirable currículo, por cierto enorme, el Dr. Ospina fue jefe de los departamentos de Microscopía Electrónica y Biología Experimental del INC, y su vastísima experiencia en Dirección Hospitalaria también se extendió al Hospital Universitario de San Juan de Dios.

Los beneficios para el Instituto de su estrecha vinculación y del hecho de ser miembro titular de afamadísimas instituciones –consejero experto en cáncer de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra (Suiza), camarero del Comité Internacional de Educación Profesional de la Unión Internacional contra el Cáncer, con sede también en Ginebra– fueron muchos, así como para varios médicos de allí, por medio de cursos sobre cáncer, becas, intercambios científicos, etc. La gestión del Dr. Ospina fue muy prolífica en virtud de sus importantes vínculos, y durante su gestión administrativa se recibieron bastantes beneficios de muchas entidades de importancia mundial.

Juan Manuel Zea Gutiérrez (Director del 5 de septiembre de 1986 al 20 de junio de 1998)



Médico de la Universidad Javeriana de Bogotá, la vinculación del Dr. Zea al INC ya existía muchos años antes de su designación como Médico Director. Hizo su entrenamiento en cáncer en Estados Unidos, en la Universidad de Columbia; en el Hospital de Niños de la Universidad de Pittsburg hizo Residencia en Cirugía Pediátrica y llegó a ser fellow de Cirugía Pediátrica Oncológica en el Instituto de Cáncer Sloan-Kettering de la Universidad de Cornell. A su regreso de EU ocupó el cargo de cirujano pediatra en todas las subespecialidades o campos de esta especialidad; también fue jefe de la División Académica y Médico Subdirector. Por su muy eficiente labor quirúrgica y docente en el Instituto, la Universidad Javeriana le confirió el título de Profesor Titular de Cirugía.

El Dr. Zea es una persona que les imprime a todas sus relaciones interpersonales gran amabilidad y afabilidad, un caballero a carta cabal, heredero de una tradición familiar respetabilísima que ha sabido no sólo conservar sino también respetar. Así, con estos parámetros, actuó durante doce años como Director del INC, guardándole al cuerpo médico todas las consideraciones. Se tienen como realizaciones principales durante su orientación, las siguientes:

- Aumentó los vínculos con entidades internacionales mediante programas de intercambio con la Unión Internacional contra el Cáncer (UICC), continuando así la labor que en este campo desarrolló tan prolíficamente el Dr. Ospina Lugo.
- Logró múltiples becas con entes gubernamentales y no gubernamentales de EU, Francia, Japón y España –como, por ejemplo, la Agencia Internacional de Investigación de Cáncer, con sede en Lyon–, de las que se benefició un grupo muy nutrido de médicos de diferentes especialidades que complementaron sus estudios sobre el cáncer en tales países. El Dr. Zea instauró nuevos programas de educación en otras disciplinas, como Oncología Pediátrica, Cirugía Pediátrica y Cuidado Paliativo, creándose las consultas respectivas y la Unidad de Cuidado Paliativo.
- Concomitantemente, el Dr. Zea y su grupo asesor, mediante múltiples gestiones, lograron el reconocimiento académico del programa de Oncológica Clínica por las facultades de Medicina de las universidades El Bosque y Javeriana.
- De otro lado, él diseñó, en conjunto con la Liga Colombiana de Lucha contra el Cáncer, un programa integral de instrucción en cáncer mediante muchos seminarios dictados en varias ciudades del país por los especialistas del Instituto los fines de semana con seis u ocho conferencistas de diferentes disciplinas oncológicas. Puede afirmarse que fueron muchas las ciudades visitadas. Y hubo especialistas que aprovecharon tales experiencias en aquellas adonde ese grupo científico del INC no alcanzó a llegar. La duración del programa fue de seis años.

En cuanto a las realizaciones físicas del Dr. Zea Gutiérrez, se construyó la nueva sede de la Biblioteca del Instituto, con todas las facilidades y los requisitos que una instalación de esa clase exige. Se construyó también el bello Auditorio Mario Gaitán Yanguas, para 250 personas, con la tecnología, el diseño, la comodidad, la amplitud espacial, y una regia acústica, del cual disfrutamos desde entonces, y que antes se reducía a una simple sala localizada en el segundo piso del edificio de la planta física original y en donde cabíamos apretadamente, si acaso, unas 50 ó 60 personas.

Mediante la gestión del Dr. Zea y en virtud de su perseverancia y tenacidad se lograron dos importantísimas donaciones de entidades oficiales. Una de ellas, el Distrito Especial de Bogotá, entregó al Instituto a título de donación perpetua un lote sobre la Avenida 1ª. y la Carrera 9ª., por cierto descuidado por el Distrito, sede para entonces de talleres de ínfimas plantas físicas y construcciones que constitúan un lindero nororiental muy desagradable a la vista. Esta muy apreciable área de terreno le permitió al Dr. Zea Gutiérrez idear, planear, realizar y construir lo que hoy llamamos Edificio Rafael Carrizosa Argáez, situado en el sector nororiental y construido con asesoría y planos arquitectónicos donados por la Mayo Clinic de Rochester. Es un edificio de 6.500 m², destinado exclusivamente a consultas externas de múltiples subespecialidades, con amplísimas y funcionales áreas de circulación externas e internas y cómodos y amplios consultorios ampliamente iluminados con luz natural, amén de múltiples salas de espera para pacientes cómodamente sentados. En esta nueva edificación, el Dr. Zea creó sedes para nuevas consultas en Cabeza y Cuello, Cirugía Ambulatoria y Urgencias, así como múltiples oficinas de atención al público.

Durante su larga gestión se pusieron en funcionamiento los dos primeros simuladores de radioterapia del país, cada cual en su momento con la más sofisticada y completa tecnología. Él gestionó ante el gobierno de Argentina y logró la donación de un equipo de cobaltoterapia que sigue en funcionamiento.

Fue preocupación permanente de Zea Gutiérrez que todos los equipos al servicio del Instituto tuvieran permanente uso y dieran provecho, evitando algo que es tan triste y frecuente de ver en muchos hospitales: que costosísimos equipos van al «cuarto de san Alejo» por mal, deficiente o nulo mantenimiento. Para evitarlo, el Dr. Zea firmó convenios de mantenimiento por valor de 7 millones de dólares y de diez años de vigencia con países y entidades extranjeras sin comprometer el presupuesto del INC.

Fue, pues, para terminar, una labor silenciosa pero inmensamente fructífera la del Dr. Zea Gutiérrez como Médico Director. El reflejo de su personalidad, su bonhomía, su modestia. De él conservamos el mejor recuerdo y le guardamos el más cálido agradecimiento.

Carlos José Castro Espinosa
(Director del 20 de junio de 1998 al 7 febrero de 2002)

Médico graduado de la Universidad del Rosario en 1977, realizó la especialidad de Medicina Interna en el Hospital Militar de Bogotá con dedicación docente admirable. Viajó después a Vancouver (Canadá), donde permaneció cuatro años y realizó la subespecialidad de Hematología Clínica y Oncología Médica. A su regreso a Bogotá fue cálidamente acogido en la Fundación Santafé de Bogotá desde 1984, y entre 1993 y 1998 fue Jefe Titular del Departamento y Servicio de Hemato-Oncología del Instituto Nacional de Cancerología. Accedió a la Dirección del Instituto sucediendo al Dr. Juan Manuel Zea, fue Director casi cuatro años y finalmente se apartó física mas no afectivamente de esta Institución cuando el Gobierno Nacional lo designó Viceministro de Salud.

Castro Espinosa realizó una Dirección sin sobresaltos, de labor intensa y proficua, sin alardes pero de una enorme identificación con el cuerpo médico, que siempre lo recibió y acató con enorme consideración y respeto. Y como los hombres somos víctimas de los tiempos y las costumbres dentro de los cuales vivimos o nos toca vivir, según manifestaba Borges al él le correspondió encarar admirablemente la durísima transición en nuestro país de la medicina de siempre a la medicina empresarial, asistencial, gerencial (que no es nuestro objetivo aquí analizar), además de continuar con los planes docentes como parte fundamental de su gestión.

Logró una ampliación muy notoria de la planta física del Departamento de Anatomía Patológica, con modernización de sus instalaciones y equipos, así como también una ampliación de todas las disponibilidades; también, una modernización del Departamento de Radioterapia, para lo cual el Instituto adquirió dos nuevos aceleradores lineales que en su momento suplieron y aportaron grandes progresos, solucionando perentorias necesidades de la entidad y sus pacientes.

Trabajó tesoneramente Castro Espinosa en la programación, diagramación, edición y publicación del



denominado Libro verde de guías de la práctica clínica en oncología, producto de la experiencia del Instituto y de su equipo médico en todas las subespecialidades del cáncer. Este tratado –a fe que lo es– no sólo, como su nombre lo indica es una guía, sino también obra de obligada consulta en el amplísimo espectro de la cancerología y sus capítulos, y obligada cita bibliográfica, no sólo de aprendizaje de mucho más de lo esencial de la materia sino además de instrucción y actualización. De verdad es un mérito inmenso del esfuerzo de Castro Espinosa esta publicación.

Si comparamos los pocos años de gestión de éste Médico Director con los de sus ilustres antecesores, el balance le es francamente gratificante, pues realizó grandes cosas. Siempre lo recordaremos.